

Una gitana condenada al Cadalso



José Ignacio Escobar

Resumen

Víctor Hugo desde niño supo la atrocidad que era la pena de muerte. Toda su vida la rechazó y en Nuestra Señora de París hizo pública, a través de unos personajes magistrales, su opinión. El rechazo a la condición de gitana de Esmeralda, protagonista de la novela, es el vivo reflejo de la sociedad parisina del siglo XV, que, aunque atraída por las piruetas de unos gitanos en las plazas públicas, asimismo condenaba esa atracción, llevando a la horca a los supuestos herejes. Lo que importaba era seguir las ordenes del rey Luis XI, así fueran injustas. Vemos de esta forma cómo, a pesar de la lucha del jorobado Quasimodo, o la madre de Esmeralda, pareciera que la pena de muerte debiera aplicarse por el solo hecho de encantar a un pueblo a través de una pequeña cabra llamada Djali. Es la opresión que campea por el libro, y los personajes, batiéndose por el amor de una bella mujer, llegan a hacerse polvo. La crítica al poder de Víctor Hugo es evidente, pues, independiente del rango social en que están los seres humanos, a todos los iguala con el rasero de la muerte. Muere la gitana pero el rey Luis XI, en su decrepitud, no refleja propiamente la victoria. ¿Quién está por encima de quién?

Palabras clave: heroísmo, tortura, incomprensión, pena de muerte, opresión.

La idea inicial

Ataviado con traje de lana gris que lo cubre de la cabeza a los pies, trabajando con la ventana de su estudio abierta, incluso en el verano de diciembre de 1830, Víctor Hugo se da a la tarea de, tintero y pluma en mano, escribir la portentosa *Nuestra Señora de París*. Su editor, Goselin, lo acosa, le dice que por cada semana de atraso deberá pagar mil francos. En luchas callejeras, durante la revolución de julio, pierde gran parte de la obra. Luego la recupera y regresa a su labor. Le dice a su esposa, una vez finaliza, que desea cambiar el título de su novela. Quiere llamarla *Lo que hay en un frasco de tinta*. Ella responde que no. Lo que el público quiere es *Nuestra Señora de París*.

La idea de "El jorobado de Notre-Dame", según su biógrafo Matthew Josephson, "se remontaba a su juventud, su entusiasmo por el arte gótico y su vinculación con Charles Nodier, que estuviera a cargo de todas las armaduras antiguas de la vieja catedral".

No es de extrañarse entonces que conozca al dedillo cada resquicio, cada piedra, los pasillos oscuros por donde deambula el jorobado Quasimodo, la celda del arcediano Claudio Frollo. Además es casi un tratado sobre arquitectura y arte el que expone hacia las páginas 184 y 185 de la edición de Bruguera. Víctor Hugo hace una digresión sobre el papel de la imprenta, recientemente inventada, con respecto a la arquitectura, donde se han plasmado las ideas desde épocas antiguas. El año en el que se da inicio *Nuestra Señora de París*, 1482, unos treinta años desde la aparición de la máquina de Gutenberg, es aliciente para que Hugo se plantee qué es lo que predomina ahora en la historia del hombre.



"Así que, hasta Gutenberg –anota en la larga digresión–, la arquitectura fue la escritura principal, la escritura universal. En este libro granítico empezado por Oriente, continuado por la antigüedad griega y romana, la Edad Media escribió la última página"¹. Todas las artes, hasta la imprenta, eran súbditas de la arquitectura. El poeta, el pintor, el escultor, todos tenían que ver directamente con las construcciones. La minuciosidad de sus descripciones arquitectónicas en el libro es brillante. Sube a uno de los campanarios de la iglesia de Notre-Dame y nos pone a ver París entero, sus calles, sus plazas, los alumbrados, a recorrer el Sena, la gente apiñada en la plaza de la catedral.

Apoyado en crónicas contemporáneas de Comynes, Sauval y Jean de Troyes, Víctor Hugo logra reproducir la vida de fines del siglo XV de manera excepcional. Su propósito era pintar, asegura Josephson en otro aparte de la biografía, "las poco comprendidas épocas cristianas, con sus santos y mártires, sus magos y nigromantes, sus catedrales y gárgolas, su heroísmo, su fe, su tortura". De los incomprendidos personajes

¹ Todas las citas son tomadas de Bruguera Mexicana de Ediciones, México, 1977.

cristianos, toma vida Claudio Frollo; con la gitana Esmeralda y su cabra Djali, trata la hechicería; la mártir recluida en una celda por quince años, madre de Esmeralda, Paquette la Chantefleurie, expone las condiciones de tortura en el siglo XV. La catedral de Nuestra Señora es auscultada en cada rincón, los truhanes, raza de desharrapados, sucios y ladrones, quienes pretenden rescatar de la catedral a Esmeralda, hacia el fin del libro, también hacen parte de la crítica social. Asimismo, la tortura que padecen los que están contra el rey Luis XI, el heroísmo, en fin, de la misma madre de Esmeralda, queriendo salvar de la horca a esa hija recién recuperada, o del jorobado Quasimodo, haciendo hasta lo imposible por rescatarla de las fauces de la horca. Heroísmo, tortura, incompreensión, son temas tratados en esta magna obra de Hugo.

Tortura y sufrimiento

El arcediano, Claudio Frollo, es uno de los protagonistas de la novela. Un hombre de ciencia, dedicado a los libros desde su tierna infancia, ya pasados los treinta años llega a un dilema existencial luego de ver bailar y cantar a Esmeralda en una de las plazas de París. Aun cuando oculta su fascinación, y sólo es hasta más allá de la mitad del libro cuando se declara perdidamente enamorado de la gitana, por poco asesina a otro de los protagonistas por celos, Febo, uno de los soldados del rey. Cuando su corazón se doblega a la carne, lo confiesa todo: "Sí, yo te amo", dice Claudio Frollo en su desesperación última, "i...Y el cielo sabe que es verdad! Dime, ¿acaso no trasluce nada de este fuego que me quema el corazón? ¡Oh, mujer! Sí, noche y día, siempre sufriendo. ¿No merece ello alguna compasión? Es un amor eterno, algo horrible. ¡Sufro demasiado!".

Es el único que tiene la salvación de Esmeralda en sus manos, y quien puede salvarla de la horca, bajo la condición de poseerla, de ser suya. La gitana siempre lo rechazará, y verá la muerte en el cadalso más dulce que sus brazos.

Padece, asimismo, Quasimodo. Este, un ser humano hecho a medias, en algún pasaje llega a mencionar que más valdría haber nacido animal que hombre. Es tuerto, cojo, jorobado y sordo. Podría ser la antítesis del soldado Febo, persona bella, altiva, valiente. Quasimodo es la encarnación del bien, pues es quien desea proteger a toda costa a la gitana Esmeralda. El mundo que lo rodea es hostil, y por ello responde con odio al odio. Así lo dice Víctor Hugo: "Por otra parte, hay que hacerle justicia y decir que la maldad

no era acaso innata en él. Desde sus primeros pasos entre los hombres habíase sentido, y luego visto, despreciado, afrentado, rechazado. La palabra humana contenía siempre, para él, una burla o una maldición. A medida que iba creciendo, no había hallado más que odio en torno de sí. Él se había apoderado de ese odio, había ganado la maldad general; había recogido el arma con que le habían herido".

En la medida en que desea ser un escudo para ella, lucha contra muchos, a puño limpio. La batalla más cruenta la emprende ya hacia el final, cuando los truhanes llegan a Notre-Dame dispuestos a raptar a la gitana para salvarla del cadalso. Desde un campanario, arrojando restos de chatarras y piedras, creyendo que ellos la van a entregar a la guardia del rey, Quasimodo resiste. Cuando llega el ejército de Luis XI se pone fin a todo. La insurrección es acallada esgrimiendo la espada.

Para el poeta Pedro Gringoire la realidad no es más alentadora. Desde las primeras líneas de la novela, se está representando una obra escrita por él, pero es tanta la alharaca por la llegada de una comitiva de flamencos, que por mucho que el poeta luche por rescatar su arte, éste, finalmente, cae al vacío. En el escenario nadie pone atención a las líneas. Llega un punto tal de desprecio hacia lo que se representa, que alguien empieza a gritar a viva voz, anunciando uno por uno a la comitiva que entra, mientras el poeta Gringoire le pide a sus actores que continúen, por favor, a pesar de la fanfarria. Cuando ya quedan pocos poniendo atención a las tablas –todos han dado la espalda y están pendientes de las grandes personalidades– el poeta se acerca a un incauto que, al parecer, ha disfrutado su obra. La escueta respuesta del supuesto interpelado es que no sabe nada de lo que ha pasado en frente suyo.

Pedro Gringoire recorre las calles de un París sórdido, oscuro, frío. Lleva las ropas ajadas, y se hace llamar también filósofo. Dice haber sido esposo de la gitana Esmeralda. Sufre porque los versos no le representan sustento para el día a día. Un sujeto le pregunta en la calle por su ocupación, la cual se ha visto obligado a cambiar para tener pan en su mesa, y Gringoire justifica su posición de artista desencantado diciendo: "Es indispensable vivir todos los días, y ni siquiera los mejores versos alejandrinos sirven para alimentarse lo que un pedazo de queso de Brie. Yo escribí para la señora Margarita de Flandes aquel famoso epitafio que conocéis, pero la ciudad no me lo quiere pagar bajo el pretexto de que no es excelente, como si se pudiera dar por cuatro escudos una tragedia de

Sófocles". Se ve obligado a sostener pirámides de sillas con sus dientes, que es, según sus mismas palabras, "lo que más me produce". El sujeto finaliza la conversación: "Grosera ocupación para un filósofo".

La madre de Esmeralda, Paquette, es de los sujetos que cargan con más pena en la novela. Recluida en una celda por quince años, con un objeto fetiche de su devoción –un zapatito rosado perteneciente a su hija perdida–, la señora enloquece desde que una gitana le arrebató de su casa a su única hija, Inesilla, más tarde llamada Esmeralda. La parte final del libro describe a una tal Hermana Gúdula, como la llaman los transeúntes que se asoman a las rejas para ver su estado, desahuciada, repite constantemente estribillos como "¡Eres tú hija de Egipto! ¡Me llamas ladrona de niños! ¡Maldita seas! ¡Maldita!...", cuando oye a unas damas que han venido a su celda a visitarla, y la han llamado por su nombre original, Paquette la Chantefleurie.

Es además espantosa la forma como pierde la esperanza de salvar a su hija Esmeralda del cadalso. Se han acabado de conocer luego de quince años de ausencia, para ser separadas por el gris destino. Los soldados del Rey Luis XI llegan a la plaza de Greve buscando a la gitana, quien se halla escondida en la penumbra de la celda, tras su madre.

Esta, de forma valerosa, y con fuerzas extraídas del amor recuperado, ensaya gritos, muecas, se muestra fuerte ante los soldados, niega haber visto a Esmeralda. Más adelante, tras idas y vueltas entre soldados y la señora Paquette, finalmente se entrega la gitana por un simple capricho de amor: llegar hasta el umbral de la celda vociferando "¡Febo! ¡A mí! ¡Febo mío!", cuando descubre a éste entre los soldados. La han descubierto. El resto será sacarla y llevarla a la horca para cumplir el mandato del rey.

La pena de muerte en *Nuestra Señora de París*

Se puede afirmar que uno de los temas centrales de la novela de Víctor Hugo es la pena de muerte, utilizada en la época como método para hacer justicia. Sin embargo, creyendo hacer justicia precisamente, la sociedad envía al cadalso a la gitana Esmeralda, por pertenecer a una raza vista como paria en el momento. Ella es, a fin de cuentas, ejecutada por un crimen que no cometió. Pero el poder viene del rey, y mientras se puedan acomodar las versiones del supuesto crimen y sean verosímiles, es preferible que caiga una hechicera y no un respetado eclesiástico.

Paradoja además la de esta mujer, que conquista con su belleza a todos y, no obstante, es la condenada mayor. Me explico: Esmeralda vuelve loco al arcediano Frollo, a Febo, soldado del rey Luis XI, al poeta Pedro Gringoire, a todos los que la rodean cuando acostumbra bailar y hacer sus números con su cabrita Djali, en alguna plaza parisina; por último, a unas niñas de alcurnia, una de ellas enamorada de Febo, quienes la llaman a una casa para medirse con ella en apariencia física, y, decepcionadas, sin admitirlo, echan a la calle a la gitana, pues les supera en belleza. La sociedad de *Nuestra Señora de París* es hipócrita porque condena lo que le genera atracción, pretende parecer virtuosa y colocarse por encima de algunos truhanes, cuando en lo más hondo de ella hay solo fango.

La gitana se alza como un gran símbolo de la opresión, y gracias a ese final trágico –la novela termina con unas imágenes de devastación y soledad que pasman los sentidos, con un Quasimodo abrazado a los huesos de Esmeralda, él también encontrado, años después, hecho polvo–, Víctor Hugo nos muestra su rechazo a esta práctica antigua de la pena de muerte. Rastreando los pasos en su infancia, Mario Vargas Llosa, en su ensayo *La tentación de lo imposible*, nos remite a esos primeros años del autor de *Los Miserables*, quizá para justificar por qué el resto de su vida abominará esta práctica: "...en 1812, vio por primera vez un patíbulo, y la imagen del hombre al que iban a dar garrote, montado de espaldas sobre un asno, rodeado de curas y penitentes, se le grabó con fuego en la memoria. Poco después, en Vitoria, divisó en una cruz los restos de un hombre descuartizado, lo que lo impulsaría, años más tarde, a hablar con horror de la ferocidad de las represalias del ocupante francés contra los resistentes. Es posible que de estas experiencias de infancia naciera su rechazo a la pena de muerte, contra la que luchó sin descanso, la única convicción política a la que fue absolutamente fiel a lo largo de toda su vida".

Vargas Llosa cuenta que una de las empresas literarias más monumentales, al lado de Melville, Dickens o Tolstoi, fue Víctor Hugo con *Nuestra Señora de París* y *Los Miserables*. Los lectores de Hugo se



fueron expandiendo por todo el mundo en el siglo XIX, y héroes como Quasimodo y Jean Valjean, alcanzaron a ser reconocidos incluso fuera de Francia.

La gran fuerza del personaje de Esmeralda radica en que, aún muerta, gracias a una orden del rey, no es considerada como vencida. Depende del filtro con el cual se mire la novela, pueden incluso la gitana, Quasimodo y Paquette la Chantefleurie ser vencedoras. La misma muerte los hace así. Al fin de cuentas, la descripción que hace Hugo del rey Luis XI es más que patética: "...dos muslos flacos y pobremente vestidos de punto de lana negra, un torso envuelto en un balandrán de bombasí con unas pieles en que se veía más cuero que pelo y, para coronar este conjunto, un sombrero viejo y mugriento del paño más vulgar, negro y rodeado por un cordón con figuritas de plomo". Finaliza su descripción hablando de su cabeza gacha y las manos seniles: "La cabeza aparecía tan encorvada sobre aquel pecho que no se divisaba nada de su rostro, cubierto de sombra, aparte de la nariz, sobre la cual caía un rayo de luz, el cual hacía suponer que era larga. Por sus rugosas manos se evidenciaba que era un anciano. Era, en efecto, el mismo rey Luis XI". No dista mucho la descripción de lo decadente en Paquette, la loca para todos, desgreñada y sucia, encerrada en una celda por 15 años. Esa figura de Luis XI lo hace ver aún menos de lo que pudo haber sido: un hombre con poder de decir quién debe morir y quién no.